

POSEER (¿Y LEER?) LIBROS DE CIVILIDAD EN EL SIGLO XVIII: UN ANÁLISIS A TRAVÉS DE LAS BIBLIOTECAS PRIVADAS*

Owning (and reading?) politeness books in the eighteenth century:
an analysis through private libraries

MÓNICA BOLUFER PERUGA**

Recibido: 08-06-2018

Aprobado: 03-11-2020

RESUMEN

Este artículo explora la presencia en bibliotecas privadas españolas —y algunas americanas— del siglo XVIII de la literatura de urbanidad, considerada en un sentido amplio que incluye no solo manuales de civilidad propiamente dichos, sino también ensayos, periódicos, obras de educación, filosofía moral, medicina, ficción o viajes, en las que la reflexión sobre las costumbres y las pautas de vida civilizadas constituyó un eje importante. Aunque poseer libros no equivale a leerlos, el análisis de una veintena de inventarios y catálogos, complementados en ciertos casos con notas y recomendaciones de lectura, proporciona ciertos indicios sobre el lugar que la civilidad ocupó en las preocupaciones de hombres y mujeres de la época (desde eruditos a nobles, gentes de letras y ciencias, artistas, funcionarios y comerciantes) y sobre la circulación europea de los modelos de cortesía. **Palabras clave:** Bibliotecas; lectura; género; Ilustración; civilidad-urbanidad.

ABSTRACT

This essay explores the presence of politeness literature in Spanish —and some Latin American— private libraries of the eighteenth century. Politeness books are here considered in a broad sense, including not only conduct books but also essays, periodicals, works on education, moral philosophy, domestic medicine, fiction or travel narratives, in all of which reflection on civilized manners and morals was a key issue. Although owning books does not necessarily imply reading them, analysis of about twenty library inventories and catalogues —complemented in certain cases with reading notes and recommendations of books— provides some hints about the place of politeness in the concerns of men and women of the eighteenth century (from scholars and nobles, to writers, scientists, artists, public servants and merchants) and about the European circulation of models of civility.

Keywords: Libraries; reading; gender; Enlightenment; civility-politeness.

En la época moderna, las obras orientadas a dictar las pautas del comportamiento cortés y distinguido en las relaciones sociales y a regular las conductas y aun la presentación de sí surgieron y circularon por toda Europa. A lo largo del siglo XVIII, esa literatura creció de forma exponencial, en la medida en que

* Este trabajo forma parte del proyecto CIRGEN: *Circulating Gender in the Global Enlightenment*, financiado por el European Research Council (ERC) bajo el programa de investigación e innovación de la Unión Europea Horizon 2020 (Grant Agreement nº 787015).

** Universitat de València. monica.bolufer@uv.es

aumentaba el público lector de ambos sexos, se generalizaban las aspiraciones de participar en una sociabilidad que en la época multiplicó sus exigencias y sus atractivos en numerosos espacios (desde los salones, tertulias y academias a los teatros y paseos) y se intensificaba también la voluntad individual de demostrar un comportamiento e incluso unos sentimientos “civiles”.

El profundo significado que los ideales de civilidad tuvieron para las gentes de la época ha sido objeto de numerosos estudios que han analizado los conceptos y el léxico de la urbanidad y sus conexiones con otras preocupaciones contemporáneas como los debates sobre las costumbres y la moralidad, la diferencia de los sexos y su relación, las nuevas fórmulas de sociabilidad y la identidad de los hombres y mujeres de letras y ciencias¹. También se ha indagado en la producción de los textos y las formas en que se difundieron, sus traducciones y adaptaciones en contextos temporales y lingüísticos distintos². En un trabajo reciente, he procurado trenzar los hilos de la historia intelectual, la historia cultural y la historia de género para reflexionar sobre cómo se conceptualizó en la España del siglo XVIII la civilidad como ideal normativo, cómo circularon los textos que la vehiculaban (originales o, en su mayor parte, adaptados) y algo más difícil de documentar e interpretar: cómo esos discursos pudieron ser apropiados en las lecturas, en las vidas y en las representaciones del yo, recurriendo a la escritura personal (memorias, autobiografías, diarios de viajes)³. Me interesa aquí profundizar en los significados de la presencia de esos libros en bibliotecas privadas masculinas y femeninas, en el marco de un proyecto más amplio sobre las relaciones entre la configuración sexuada (al tiempo que socialmente diferenciada) de públicos lectores ideales y las prácticas reales de lectura en el siglo XVIII.

1. Véase por ejemplo, entre una bibliografía inmensa, Jean Starobinski, *Remedio en el mal: crítica y legitimación del artificio en la era de las luces* (Madrid: A. Machado, 2000). Para España, María Victoria López-Cordón, “Ser civil en el siglo XVIII: ¿práctica cotidiana o virtud política?”, en *Vida cotidiana en la monarquía hispánica: tiempos y espacios*, Coords. Inmaculada Arias de Saavedra y Miguel Luis López-Guadalupe (Granada: Universidad de Granada, 2015), 15-38.

2. Roger Chartier, “Los manuales de civilidad. Distinción y divulgación: la civilidad y sus libros”, en *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (Madrid: Alianza, 1993), 246-283; Peter Burke, *Los avatares de “El Cortesano”. Lecturas e interpretaciones de uno de los libros más influyentes del Renacimiento* (Barcelona: Gedisa, 1998); María Victoria López-Cordón, “De la cortesía a la civilidad: la enseñanza de la urbanidad en la España del siglo XVIII”, en *Historia y perspectivas de investigación. Estudios en homenaje del profesor Ángel Rodríguez Sánchez*, Coord. Miguel M. Rodríguez Cancho (Badajoz: Ed. Regional de Extremadura, 2002), 359-364; “Educar y civilizar”, en *Educar las costumbres y los sentimientos: una mirada desde la Historia*, Coords. Mónica Bolufer, Juan Gomis y Carolina Blutrach (Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2014), 53-81. Para el caso vasco, Javier Esteban, *Discursos civilizadores. Escritores, lectores y lecturas de textos en euskera (c. 1767-c.1833)* (Madrid: Sílex, 2018).

3. Mónica Bolufer, *Arte y artificio de la vida en común. Los modelos de comportamiento y sus tensiones en el Siglo de las Luces* (Madrid: Marcial Pons, 2019).

Son bien conocidos los problemas metodológicos que hacen que los inventarios post-mortem y aun los catálogos de bibliotecas no puedan tomarse directamente como indicativos de lecturas, como también las dificultades de deslindar pertenencias individuales en los casos de bibliotecas de linaje, familiares o compartidas por los miembros de un matrimonio⁴. Pese a todo, partiendo de la idea de que incluso la mera posesión de libros resulta, en cierto sentido, significativa, los contenidos de las bibliotecas particulares proporcionan indicios indirectos pero valiosos del lugar que ciertos temas, en este caso la civilidad, ocuparon en las preocupaciones de una época y de los sujetos históricos que la conformaron. Para este análisis, he escogido una veintena larga de bibliotecas españolas y —en algunos casos— americanas cuyos propietarios vivieron entre las últimas décadas del siglo XVII y las dos primeras del XIX, y que fueron inventariadas o catalogadas entre mediados del Setecientos y la mitad del Ochocientos⁵. He seleccionado esas bibliotecas entre otras posibles porque pertenecieron a sujetos que podríamos calificar, en un sentido amplio, como ilustrados: personas cultas cuyas colecciones, en buena medida laicas, denotan interés por los saberes modernos y cierta sintonía con los gustos propios de las élites cultivadas en el ámbito internacional de su tiempo. En ciertas ocasiones, he recurrido también, para suplir o complementar esas fuentes, a notas o recomendaciones de lectura que perfilan bibliotecas ideales.

Entre esos hombres y mujeres se incluyen nobles, gentes de letras, ciencias y arte, funcionarios de diverso rango y comerciantes acomodados, que vivieron en muchos casos largos periodos de su vida en otros países europeos o a caballo entre ambas orillas del Atlántico. Para presentar el análisis de forma ordenada, he agrupado las bibliotecas organizando las de los varones por condición social o profesión y reuniendo en un último apartado los pocos casos de bibliotecas femeninas que he podido analizar. Con ello, en modo alguno pretendo defender una correspondencia fija y predeterminada entre divisiones sociales y prácticas culturales (de posesión o lectura de libros), como tampoco sugerir que el sexo opera como una variable independiente de otras diferencias, cuando éstas, obviamente, se cruzan e interactúan de forma compleja. No se trata de encasillar en una definición única a cada uno de esos individuos, cuyas identidades personales y sociales fueron ciertamente múltiples, definidas por su estamento (nobles titulados, miembros del clero, la pequeña nobleza o las clases medias), su sexo, su

4. Sobre bibliotecas y lectura, véanse, entre una bibliografía amplísima, Inmaculada Arias de Saavedra: “Libros, lectores y bibliotecas privadas en la España del siglo XVIII”, *Chronica Nova* 35 (2009): 15-6, y José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, “La situación actual y nuevas líneas de investigación sobre el libro y bibliotecas en la Edad Moderna”, en *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*, Coord. Félix Labrador (Madrid: Universidad Rey Juan Carlos-Ediciones Cinca, 2015), 87-109.

5. En la mayor parte de estos casos, disponemos de ediciones de los catálogos o inventarios.

fortuna y estilo de vida, su formación, creencias, gustos y valores (más o menos ilustrados); su profesión, en el caso de los varones (funcionarios, juristas, artistas u hombres de letras, en una época en la que “literatos” y “políticos”, por decirlo con las palabras de Álvarez Barrientos, tendieron a identificarse). Y por supuesto, un individuo no representa a un grupo: las circunstancias de configuración de las bibliotecas y el perfil singular de los hombres y mujeres que las poseyeron o utilizaron contribuyeron a perfilar contenidos (y presumiblemente, usos) distintos.

¿Qué he buscado en esas bibliotecas? No me ha interesado solo rastrear manuales de urbanidad propiamente dichos, sino también otros géneros que, en un sentido más amplio, pudieron nutrir la reflexión, la construcción de pautas de conducta y las autorrepresentaciones del sujeto “civilizado”, entre ellas tratados pedagógicos, literatura formativa y de ficción, crítica de costumbres, relatos de viajes, filosofía moral o textos médicos sobre cuidado del cuerpo y la salud dirigidos a un público profano. Todo ello, contextualizando la presencia de esas obras dentro de las características y contenidos generales de cada una de las bibliotecas. Aun a riesgo de difuminar el objeto, es así como mejor puede captarse la inserción de la literatura de civilidad en las preocupaciones, tan propias de la Ilustración, por la moral, la sociabilidad y, más ampliamente, lo que en la época se denominaban las costumbres.

“LIBRERÍAS” DE ERUDITOS, CIENTÍFICOS Y ARTISTAS

Es posible conocer de forma íntegra la biblioteca del benedictino Martín Sarmiento (1695-1772), figura destacada en las polémicas intelectuales de mediados del siglo XVIII, gracias al *Catálogo de los autores de quienes yo tengo o todas sus obras o parte de ellas*⁶. Compuesto por él mismo para ordenar las 120 obras que componían su “librería”, nos permite conocer las categorías intelectuales en las que las encuadraba. Es en el epígrafe de “Política, Económica y Comercio” donde incluye varias obras que podríamos considerar manuales de cortesía⁷. Entre ellas, *El discreto* (1646) de Baltasar Gracián, en su traducción francesa por Amelot de la Houssaye, con el título de *L'homme de Cour* (París, 1729, en 8º); las *Oeuvres diverses* de Morvan de Bellegarde, en la edición completa parisina de 1723 y en manejable formato de 12º, de las que precisa que son “las más de policía y urbanidad”; la *Science des Personnes de la Cour*,

6. Editado por Giovanni Stiffoni, “La biblioteca de Fray Martín Sarmiento. Apuntes para la historia de la penetración de las nuevas ideas en la España de Feijoo”, en *Homenaje al profesor Carriazo* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1973), 3: 463-489.

7. Stiffoni, “La biblioteca”: 485, refs. 103 a 106. Las otras categorías son “Historia literaria. Juegos grandes, y periódicos”; “Filosofía moderna”.

de Chevigny, en edición ampliada por Mr. De Limiero (Amsterdam, 1723), y *Il cortegiano* de Castiglione, en impresión florentina de 1531; poseía también un ejemplar de *Le parfait négociant* de Jacques Savary (París, 1713), obra dedicada a la formación de los comerciantes en sentido no estrictamente económico sino también civil y moral.

La biblioteca de Benito Jerónimo Feijoo (1676-1774), amigo y compañero de orden de Sarmiento, no ha podido reconstruirse de forma completa, a causa del incendio que destruyó el monasterio de San Julián de Samos, donde quedó depositada tras su muerte. De los intentos por recomponer su contenido a partir de las referencias incluidas en sus obras, se desprende que conocía la producción de Morvan de Bellegarde, concretamente sus *Lettres curieuses de littérature et morale* (1702), a través de las *Mémoires de Trevoux*. En su *Discurso en defensa de las mujeres* (1726), Feijoo citó a Bellegarde para apoyar su defensa de la igualdad intelectual entre los sexos, atribuyéndole una autoridad sobre el tema basada en su experiencia del trato social mixto⁸. Posteriormente, adquirió dos obras suyas: *Réflexions sur le ridicule* (en la 6ª edición de París, 1708) y *Réflexions sur la politesse des moeurs* (París, 1708)⁹.

Los libros del marino y matemático Jorge Juan (1713-1773), de los que se conserva una relación de algo más de 400 volúmenes correspondiente al inventario de bienes realizado a su muerte en 1773, constituyen una biblioteca fundamentalmente científica, cuyo grueso lo representan las obras de astronomía, álgebra, geometría, física, artillería y navegación¹⁰. Como corresponde a un ilustrado que viajó ampliamente por Europa, América y el Norte de África, tienen también una presencia muy destacada en ella los relatos de viajes, en particular de expediciones por territorios lejanos (los del astrónomo Casini, Frézier, Lord Anson, Pedro Sarmiento de Gamboa, Betagh, el comandante Byron), además de la obra publicada por él mismo, junto con Antonio Ulloa, sobre su participación en la expedición franco-española dirigida por La Condamine (1735-1746) para medir un grado del meridiano en el Ecuador¹¹. Sin embargo, sus libros incluyen también otras muchas materias: filosofía (Locke, Mayans), derecho (Pufendorf),

8. Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal de errores comunes* (Madrid: Pedro Marín, 1778): I, disc. XVI, 355.

9. Agustín Hevia Ballina, "Hacia una reconstrucción de la librería particular del P. Feijoo", *Studium Ovetense* IV (1976): 138-186; 177 y 183-184.

10. Rafael Navarro Mallebrera y Ana María Navarro Escolano, *Inventario de bienes de Jorge Juan y Santacilia* (Alicante: Caja de Ahorros Provincial de Alicante e Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1987). Sobre Jorge Juan, véanse también Emilio Soler, *Viajes de Jorge Juan y Santacilia. Ciencia y política en la España del siglo XVIII* (Barcelona: Ediciones B.S.A., 2002) y Rosario Die Maculet y Armando Alberola, *La herencia de Jorge Juan: muerte, disputas sucesorias y legado intelectual* (Sant Vicent del Raspeig: Universidad de Alicante, 2002).

11. Navarro y Navarro, *Inventario*, 44, 52-53 (su propio viaje a América, en traducción francesa publicada en Amsterdam y Leipzig), 80, 89.

educación, historia (Voltaire), literatura (varias obras de Henry Fielding en inglés, entre ellas la célebre novela *Tom Jones*) e incluso masonería¹². La biblioteca se singulariza entre otras contemporáneas por la fuerte presencia de obras en inglés, lengua que su propietario conocía bien por haber sido enviado a Gran Bretaña entre 1749 y 1750 por el gobierno español para estudiar discretamente sobre el terreno las causas de la preponderancia naval de aquella potencia¹³.

A través de sus libros, Jorge Juan se muestra familiarizado con la cultura británica del momento, también en lo que respecta a los modelos de civilidad. Cuenta con una edición en 8 volúmenes del célebre periódico *The Spectator*, instrumental en la construcción del ideal de *politeness* de la era hanoveriana, y con otras obras que, desde el ámbito de la *conduct literature* o la medicina divulgativa, procuraban instruir en las formas de conciliar la felicidad, la prosperidad y la salud personal con la virtud moral y el recto comportamiento: un manual de conducta para caballeros (*The gentleman instructed in the conduct of a Virtuous and Happy Life*, de William Durrell —obra que también se encontraba en la rica biblioteca del infante Luis de Borbón, inventariada a su muerte en 1785); lo que aparentaba ser su equivalente para las esposas de esos caballeros, aunque en realidad se trataba de un recetario de cocina (*The Compleat Housewife, or Accomplished gentlewoman's companion*), así como obras de los médicos George Martine (*Essays medical and philosophical*, 1740) y George Cheyne (*An Essay of the Health and Long Life* -10 ediciones entre 1724 y 1745)¹⁴.

El artista Felipe Castro (1711-1775), nombrado escultor del rey en 1747 y en 1752 director de escultura de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, dejó a su muerte en 1775 una rica biblioteca, fundamental pero no exclusivamente de contenidos artísticos: por su legado de 758 libros pleitearon la Academia y la Universidad de Santiago, que acabó quedándose con la mayor parte¹⁵. La colección testimonia de la amplia cultura de su propietario y de su formación clásica y humanística en el arte y las letras. Entre sus variados

12. Navarro y Navarro, *Inventario*, 84 y 91; 93; 75; 76; 75 y 85; 71.

13. Soler, *Viajes de Jorge Juan*, 250-286.

14. Navarro y Navarro, *Inventario*, 76 y 84. En la biblioteca del infante Luis figuraban también un manual de conversación (Richard Head, *Proteus Redivivus*, Londres, 1648) y otro de escribir cartas, traducido del francés, según Inmaculada Arias de Saavedra, “Libros y autores británicos en las bibliotecas privadas españolas del siglo XVIII”, en *El dominio de la realidad y la crisis del discurso: el nacimiento de la conciencia europea*, Coords. Concepción Camarero Bullón y Juan Carlos Gómez Alonso (Madrid: Polifemo, 2017), 321-365; 328. Sobre los libros británicos en bibliotecas españolas véase Ofelia Rey Castelao, “La influencia inglesa en la España de fines del siglo XVIII a través de las bibliotecas”, en *El historiador y la sociedad. Homenaje al Profesor José M. Mínguez*, Coords. Pablo de la Cruz Díaz, Fernando Luis Corral e Iñaki Martín Viso (Salamanca: Universidad de Salamanca, 2013), 205-219.

15. Edita el catálogo Claude Bédat, “La bibliothèqu du sculpteur Felipe de Castro”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 5 (1969): 363-410.

contenidos (que incluyen, además de obras de preceptiva artística, vistas, obras de cosmografía, textos religiosos, literatura de viajes, abundantes fondos literarios y algunos filosóficos, historia y genealogía), llama la atención la presencia no de una, sino de dos ediciones italianas del siglo XVI de *Il libro del cortegiano* de Baldassare Castiglione¹⁶. Puede encontrarse también un texto clásico de la cortesía áulica francesa como es el de Nicolas Faret *L'art de plaire à la Cour* (1630), en este caso en versión italiana (*L'arte di piacere alla Corte tradotta del francese nella lingua italiana dal Conte Alberto Caprara —Bologna, 1662*)¹⁷. De Stefano Guazzo, autor de la célebre *La civil conversazione* (1574), posee no esta obra, sino sus *Dialoghi piacevoli* (Piacenza, 1582)¹⁸. Y entre sus numerosas gramáticas, se cuenta una obra sobre el uso de la palabra orientada a su utilización social, el *Arte de bien hablar* de José Díaz de Benjumea (Madrid, 1759)¹⁹. En su condición de pintor cortesano y de hombre avezado al trato académico, Castro, como otros artistas, debió interesarse por cultivar cierta imagen y estilo en sus relaciones sociales y un modo elocuente y distinguido de expresarse, para lo cual obras como las anteriores pudieron serle de utilidad.

También de tenor erudito, aunque inclinada a otro tipo de saberes, es la parte que conocemos (328 obras, posiblemente no más de un tercio del total) de la que fuera la biblioteca del cronista de Indias y fundador del Archivo General de Indias Juan Bautista Muñoz (1745-1799), cuyos fondos fueron a parar en gran parte al Archivo y otros (en particular los manuscritos) a la Real Academia de la Historia²⁰. Se trata en buena medida de un compendio de conocimientos libresco más que de saberes para la vida: obras de Historia, muy en especial de América (Raynal, Robertson, Solís, Hernán Cortés, Clavigero, entre otras muchas), de las que Muñoz se sirvió para componer su *Historia del Nuevo Mundo* (1792), seguidas de textos filosóficos (Condillac, obras prohibidas de Montesquieu, Helvétius, Rousseau), literarios (con particular riqueza en relatos de viajes: los de Georg Anson, Prevost, Banks, Dampier, Jorge Juan, entre otros) y, en menor medida, científicos (Buffon, Bonnet, Boerhaave). En el ámbito de la moral y las costumbres, no figuran en sus anaqueles obras de civilidad. Además de un número limitado de textos religiosos (Bossuet, Fleury o la reedición dieciochesca de *La Perfecta casada* de Fray Luis de León), aparecen algunas obras pedagógicas (varios libros de Locke en versiones francesas, entre ellos *De l'éducation des enfants* traducido por Pierre Coste), textos de filosofía moral de

16. Ambas venecianas: una de 1565 y otra de 1584. Bédar, “La bibliothèque”: referencias 437 y 230.

17. Bédar, “La bibliothèque”, ref. 392.

18. Bédar, “La bibliothèque”, ref. 640.

19. Bédar, “La bibliothèque”, ref. 482.

20. Nicolás Bas Martín, “Una aproximación a la biblioteca del ilustrado valenciano Juan Bautista Muñoz (1745-1799)”, *Saitabi* 48 (1998): 113-147.

La Rochefoucauld (*Pensées, maximes et réflexions morales*) y de los filósofos británicos de la sensibilidad David Hume y Francis Hutcheson, y otros discursos sobre la felicidad, representativos de una moral laica y hedonista (*Le temple du bonheur ou Recueil des plus excellents traités sur le bonheur*, 1770; Beausobre, *Essai sur le bonheur*)²¹.

La biblioteca del naturalista Antonio José Cavanilles (1745-1804) lleva la fuerte impronta de París, donde el abate valenciano residió entre 1777 y 1789, como preceptor de los hijos del duque del Infantado²². Estaba compuesta por 330 títulos que han podido ser identificados, repartidos en 1052 volúmenes y tasados en 70.055 reales de vellón, cantidad muy notable que testimonia del valor de los ejemplares, muchos de ellos ricamente ilustrados²³. Se trata de la biblioteca de un científico, particularmente escorada hacia contenidos en historia natural, en especial la botánica. Abundan en ella los relatos de viajes, en especial a tierras lejanas, como el Caribe, el Extremo Oriente o los mares del Sur (los de Cook, Pages, Lavillardière, La Pérouse, Sonnerat a Nueva Guinea, China y las Indias orientales, Sloane a Jamaica, White a Nueva Holanda), pero también recorridos por Europa (los de Saussure a los Alpes, Pallas a Rusia, Talbot Dillon a España, Murphy a Portugal)²⁴. No faltan textos religiosos (ejercicios espirituales y libros de devoción, sermones, filosofía moral, la Biblia en latín y castellano, historia eclesiástica) y otros de carácter político-moral (Saavedra Fajardo), literario (Voltaire, Iriarte...), erudito y pedagógico. Brillan por su ausencia, en cambio, los tratados de cortesía, como también las obras de costumbres o de ficción. Destaca un ejemplar de la reedición realizada en 1764 por el VI conde de Fernán Núñez de *El hombre práctico* de su antecesor el III conde, posiblemente obsequio del aristócrata, con quien Cavanilles compartía relaciones personales e intereses culturales²⁵.

Cavanilles llevó en París una activa vida social e intelectual: frecuentó demostraciones y cursos científicos, trabó contacto con los botánicos más destacados vinculados al *Jardin du Roi*, estableció una amplia red de contactos personales y epistolares, atendió las numerosas peticiones de información y libros por parte de intelectuales españoles como Juan Bautista Muñoz, Francisco Pérez Bayer, José Viera o Vicente Blasco y se interesó por la obra de los *philosophes*

21. Bas Martín, “Una aproximación”, refs. 95, 180 a 183, 257, 154 y 155, 11, 31).

22. Nicolás Bas Martín, “A.J. Cavanilles en París (1777-1789): un embajador cultural en la Europa del siglo XVIII”, *Cuadernos de Geografía* 62 (1997): 223-244.

23. Nicolás Bas Martín y María Luz López Terrada, “Una aproximación a la biblioteca del botánico Antonio José Cavanilles (1745-1804)”, en *Antonio José Cavanilles (1745-1804). Segundo centenario de la muerte de un gran botánico* (Valencia: Real Sociedad Económica de Amigos del País, 2004), 201-285.

24. Bas y López, “Una aproximación”, 222 y 256.

25. Bas y López, “Una aproximación”, 254.

(d'Alembert, Voltaire, Diderot). Aunque no dejó un diario de viajes, conocemos sus actividades gracias a su correspondencia, que puede complementarse con los relatos y cartas de su amigo el clérigo ilustrado canario José Viera y Clavijo, preceptor del marqués del Viso, yerno de los duques de Infantado, para quienes trabajaba Cavanilles. Ambos hubieron de aprender, como intelectuales al servicio de una casa nobiliaria, a desenvolverse en los círculos de la sociabilidad mundana y aristocrática, que en el mundo parisino de la época se entrecruzaban estrechamente con los de las gentes de letras. Ello, sin embargo, no quedó reflejado en el inventario de la biblioteca de Cavanilles, erudita y especializada, en el que apenas se vislumbra ese otro perfil de hombre de mundo que debió caracterizarle también, como a tantos de sus contemporáneos científicos y literatos.

COLECCIONES LIBRESCAS DE FUNCIONARIOS Y HOMBRES DE LETRAS

El aragonés Ignacio de Heredia (1729-1797), culto e ilustrado y amigo de otros hombres de letras y ciencias como Cavanilles, reunió también una importante biblioteca. Fue protegido del conde de Aranda, con quien mantuvo una relación cordial mientras estuvo a su servicio en Valencia, posteriormente en el Consejo de Castilla (1766-1773) y a continuación en la embajada de París (8 de septiembre de 1773-26 de abril de 1787). Entre diciembre de 1782 y mayo de 1783, viajó a Londres para participar en los preparativos de la paz de Versalles. Heredia se hizo cargo de la embajada durante el viaje de Aranda a España entre diciembre de 1783 y mayo de 1784 y, cuando aquél dimitió como embajador, el 26 de abril de 1787, se decidió a dejar Francia para ocupar su plaza en el Consejo de Guerra en Madrid. Al atravesar la frontera, su biblioteca fue inspeccionada e inventariada, lo que nos permite conocer su contenido, que alcanza los 247 títulos en 555 volúmenes²⁶. Fundamentalmente nutrida de libros franceses, a juicio de Rafael Olaechea es “la librería de un *honnête homme*, cuya vida profesional —y social— discurría por los cauces propios de un diplomático español del Antiguo Régimen”²⁷. En ella brillan por su ausencia las obras más atrevidas del materialismo francés, aunque figuren algunos títulos menores de autores prohibidos como Rousseau, Voltaire, d'Alembert o Raynal y “espíritus” o versiones abreviadas de filósofos como Fontenelle, Saint-Evremond, Montesquieu o Saint-Real, así como obras de Locke o Mably. Los textos de teología, moral e historia eclesiástica se codean con abundantes tratados de ciencias útiles y libros de temática política y diplomática. Son numerosos los libros de viajes, tanto a

26. Rafael Olaechea, “Ignacio de Heredia y su biblioteca”, *Revista de historia moderna* 4 (1984): 211-291.

27. Olaechea, “Ignacio de Heredia”, 264.

España (los de Twiss *Voyage à Portugal et Espagne*; Vayrac, *État présent de l'Espagne*) como a otros destinos europeos (*Voyage dans les Deux-Siciles* de Swinburne; *Voyage pittoresque de la Grèce* de Choiseul-Gouffier) o más exóticos (Chardin, *Voyages en Perse et autres lieux de l'Orient*; *Voyage à l'Abisinie de Lobo*, traducido por M. Legrand)²⁸. La biblioteca no contiene manuales de civilidad, pero sí ensayos y sentencias del humanista francés Montaigne y sus compatriotas La Bruyère y La Rochefoucauld, así como las obras del conde de Shaftesbury (de quien Heredia poseía en versión francesa su *Caracteristiques des hommes, opinions et temps*, Ginebra 1769, 3 vols); en otro registro, novelas de Fénelon y Fielding²⁹. Algunas de estas obras fueron clave en la relaboración de nuevos códigos de conducta civil desde finales del siglo XVII y pudieron serle útiles para la conversación y la vida social que, como miembro del cuerpo diplomático y a pesar del talante retraído que le atribuían sus contemporáneos, formarían parte de su actividad cotidiana.

La biblioteca de José de Gálvez (1720-1787), poderoso secretario de Estado y de Despacho de Indias y factótum de las reformas borbónicas en América, nombrado en 1785 marqués de Sonora, no contaba con ningún tratado de civilidad o similar entre los 894 títulos en 2300 volúmenes que la componían, según el inventario *post mortem*³⁰. Dominaban en ella las obras jurídicas y textos de temática americana (informes, estudios, crónicas), así como los libros de filosofía y ciencias, con presencia de un buen número de títulos y autores prohibidos (la *Encyclopédie*, libros de Voltaire, Montesquieu, Pufendorf, entre otros). Sin embargo, entre sus fondos sí se contaban obras que podemos entender más ampliamente como formativas de las costumbres y los valores. Entre ellas, las *Obras* de la marquesa de Lambert, los *Magasins* educativos y dialogados de Jeanne-Marie Leprince de Beaumont (de quien Gálvez poseía un título en castellano y seis en su original francés), relatos de ficción sentimental y moralizante como los *Contes moraux* de Marmontel, así como textos satíricos o reflexiones sobre las nuevas formas de sociabilidad, con una particular atención a las relaciones mixtas y a los comportamientos femeninos (*Vicios de las tertulias y concurrencias del tiempo* de Gabriel Quijano; *Mémoires pour servir à l'histoire des mœurs* de Pinot Duclos; *Essai sur les mœurs, l'esprit et le caractère de femmes* de Antoine-Léonard Thomas) y prensa de costumbres (*El Censor*)³¹.

28. Olaechea, "Ignacio de Heredia", refs. 231, 234, 222, 66, 64 y 247.

29. Olaechea, "Ignacio de Heredia", refs. 177, 219, 101-103.

30. Francisco Solano, *La biblioteca privada de José de Gálvez, Ministro de Indias* (Madrid: Instituto Fernández de Oviedo-CSIC, 1981).

31. Solano, *La biblioteca privada*, refs. 417 y 52-58. La obra de Thomas, de gran éxito tanto en Francia como en otros países donde se tradujo (en Italia, Portugal, Gran Bretaña y Norteamérica), tuvo versión castellana en 1773 con el título de *Historia o pintura del carácter de las mugeres*.

Una biblioteca algo más modesta pero también notable, con más de 800 títulos, reunió Francisco de Saavedra (1746-1819), que ejerció como intendente de Caracas (entre 1783 y 1788) y ministro de Hacienda bajo Carlos IV (1797) y desempeñó cargos en la Junta Central durante la guerra de la independencia³². Las colecciones de este militar y funcionario ilustrado sevillano, que cursó estudios eclesiásticos en la Granada de su juventud, incluyen nutridos fondos de derecho y economía, relacionados con su ejercicio profesional, y gran número de obras sobre las Indias: libros de ciencias (historia natural, medicina, química, agricultura...) y relatos de viajes a España y otros países europeos, pero también a lugares exóticos (Egipto, las grandes expediciones alrededor del mundo de viajeros británicos, franceses y españoles: Cook, Lord Anson, La Pérouse, Ulloa). Contienen también obras de los filósofos d'Alembert, Mably y Condorcet (*Noticias de su vida y obra*, París 1795), con algunos textos prohibidos (la *Encyclopédie*, la *History of America* de William Robertson). No poseyó, a juzgar por su inventario, ningún manual de civilidad, pero sí los cuentos morales de Marmontel, novelas de Jonathan Swift y Henry Fielding en ediciones francesas, así como textos de filosofía moral (la *Teoría de los sentimientos morales* de Adam Smith) y de educación (el *Tratado de la educación de las niñas* de Fénelon —Amsterdam, 1755— y otras obras pedagógicas de Cañaveras o Vicente del Seixo).

La magnífica biblioteca que el diplomático y mecenas José Nicolás de Azara (1730-1804) reunió durante su residencia en Roma entre 1766 y 1798 (como agente de preces y luego embajador) constaba de 3.276 obras en 5.772 volúmenes, inventariados para su tasación en 1806, que representan solo una pequeña parte de los 20.000 que acumuló a lo largo de su vida: una colección de bibliófilo con riquísimos fondos de arte, estética, arquitectura y arqueología (Vitrubio, Winckelmann), amplios contenidos de filosofía y política, incluyendo los *Discursos políticos* de Hume (ambos en ediciones francesas realizadas en Amsterdam), así como obras de Locke, Rousseau y Voltaire, y libros de viajes (Mme d'Aulnoy, Fleuriot, entre otros)³³. Esos espléndidos fondos incluían las cartas de Baldassare Castiglione (aunque no su célebre diálogo de vida áulica *Il cortegiano*) y diversas obras de Erasmo (apoteogmas, *De Linguae usu atque abusu*, *De bello turcis inferendo*, *Éloge de la folie*, pero no su *De civilitate morum puerilium*, texto clave de la civilidad humanista publicado por primera vez en 1530³⁴). También clásicos de la literatura moral francesa aristocrática y mundana de los siglos XVII y XVIII como las *Reflexions et sentences et maximes morales*

32. Miguel Molina Martínez, "Ilustración y reforma. La biblioteca del intendente Francisco de Saavedra", *Chronica Nova* 19 (1991): 271-289.

33. Gabriel Sánchez Espinosa, *La biblioteca de José Nicolás de Azara* (Madrid: Biblioteca Nacional-Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1997), refs. 1450 y 1453, 2516-17, 3037, 1857, 2076, 2432, 1567.

34. Sánchez Espinosa, *La biblioteca*, refs. 489 y 906 a 910.

de La Rochefoucauld y *Les caractères de Théophraste* de La Bruyère y textos más recientes de reflexión sobre las costumbres como las *Considérations sur les moeurs de ce siècle* de Pinot Duclos, así como un ejemplar de la *Istruzione utile alla gioventù per regolare se estessa nella vita civile, e morale cristiana* (1785) de Francisco Aznar, exjesuita que había buscado la protección del diplomático³⁵. Por otra parte, Azara parece haber conocido bien el debate, de intensa raigambre cortesana en los siglos XV y XVI y muy difundido en los ámbitos de sociabilidad intelectual del XVII y el XVIII, sobre la superioridad, inferioridad o igualdad de los sexos, pues poseía el *Diálogo en laude de las mujeres* (1580) de Juan de Espinosa, el ensayo *De l'égalité des deux sexes* (1673) de Poulain de la Barre y la traducción italiana del de Josefa Amar por Francisco Masdeu, bajo el título de *Difesa dell'ingegno delle donne* (1789)³⁶.

En cuanto a la extraordinaria biblioteca del rico criollo, asistente de Sevilla y director de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena Pablo de Olavide (1725-1803), que según los cálculos de Defourneaux debió constar de al menos 2000 obras contando únicamente las francesas, tan sólo ha sido posible reconstruir una pequeña parte de ella (unos 450 volúmenes) a partir de un inventario de los libros confiscados y de otros documentos contenidos en el proceso inquisitorial al que Olavide se enfrentó, con gran impacto sobre la opinión pública española y escándalo de los ilustrados europeos, entre 1775 y 1778³⁷. En esa reducida porción, no constan obras de urbanidad o buenas maneras. Figuran en ella los principales filósofos y enciclopedistas franceses (Diderot, Rousseau, Raynal, Helvétius, Voltaire, el marqués de Argens...), y una amplísima relación de textos de ficción y pseudoficción: memorias y novelas de autoras y autores británicos y franceses (Smollett, Daniel Defoe), incluyendo obras galantes (Crébillon, *Anecdotes galantes ou le moraliste à la mode*), sentimentales (Fielding, Richardson), de ambientación exótica (Aphra Behn, Mlle Fauque, Fromaget), todas ellas características del gusto literario y moral de la buena sociedad parisina del siglo XVIII, así como abundantes fondos de literatura de viajes (condesa de Villars, Mme d'Aulnoy, Anson).

De otro célebre criollo, el militar Francisco de Miranda (1750-1816), infatigable viajero y agitador en pro de la independencia de las colonias españolas, sabemos que fue un apasionado lector cuyos diarios denotan una amplia curiosidad intelectual. Se conservan varios registros de los libros que adquirió en diversos lugares o transportó consigo en sus desplazamientos, pero son sobre todo los catálogos de las dos subastas de su biblioteca, realizadas tras su muerte en 1828

35. Sánchez Espinosa, *La biblioteca*, refs. 1548 y 1570, 658, 234.

36. Sánchez Espinosa, *La biblioteca*, refs. 927, 866, 64.

37. Marcelin Défourneaux, *Pablo de Olavide ou l'Afrancesado (1725-1803)* (Paris: Presses Universitaires de France, 1959), 476-491.

y 1833, los que permiten conocer gran parte de los fondos reunidos en su casa de Londres³⁸. Se calcula que acumuló allí unos 6000 volúmenes: una biblioteca rica en tamaño y en valor, que incluía algunas ediciones de bibliófilo (como la Biblia políglota de Amberes o la traducción al castellano de las Sagradas Escrituras por Casiodoro de Reina, obras ambas del siglo XVI) y una gran variedad de temáticas, formatos y lenguas. La biblioteca de Miranda destaca en especial por su amplia colección de clásicos grecorromanos y humanistas (Erasmus, Vives, Antonio de Guevara, Montaigne; *El cortesano* de Castiglione en versión castellana por Juan Boscán de 1544), sus fondos bien surtidos en temática americana (Raynal, Solís, Las Casas, Cortés...) y la importante presencia no solo del francés sino también del inglés, como corresponde a un hombre que vivió largos años en Francia y Gran Bretaña, viajó extensamente por Estados Unidos y admiró el parlamentarismo británico y la república norteamericana. Sus libros comprenden virtualmente todos los intereses propios de un ilustrado cosmopolita: obras de ilustrados franceses (Voltaire, Diderot, Rousseau, Helvétius, d'Holbach), filósofos, moralistas, historiadores y novelistas ingleses y escoceses (Smith, Millar, Ferguson, Hume, Addison, Gibbon, Sterne), autores contemporáneos españoles (Feijoo, Campomanes, Mayans, Meléndez, Montengón...), innumerables relatos y guías de viajes por todo el mundo; tratados de derecho (Beccaria, Filangieri, Wolff, Grocio, Burlamaqui, Bielfeld), libros técnicos (de matemáticas, trigonometría, fortificaciones) y artísticos (con volúmenes bellamente ilustrados de arquitectura y antigüedades).

No puedo detenerme aquí en este análisis, pero sí señalaré que Miranda leyó sin duda los libros de civilidad que figuran en su biblioteca y que en algunos casos dejaron en él una huella formativa claramente apreciable. En sus extensos cuadernos de viaje puede captarse el influjo, en ocasiones profundo, de esos textos. Así, cuando se representa a sí mismo y ofrece breves semblanzas de otros sujetos a quienes conoce en sus largos periplos, su lenguaje y sus categorías denotan la influencia de la literatura tendente a observar y captar en rápidas pinceladas los “caracteres” morales y sociales, tanto en la tradición barroca española (Gracián) como francesa (*Maximes* de La Rochefoucauld, *Les caractères* de La Bruyère), así como la impronta del modelo a la vez estético y ético de cortesía aristocrática representado por las *Letters to his son* de Lord Chesterfield, que igualmente poseyó.

El inventario de la biblioteca del magistrado y poeta de la sensibilidad Juan Meléndez Valdés (1754-1817), alzado en 1782 y compuesto por 352 títulos, aunque

38. Arturo Uslar Pietri, *Los libros de Miranda* (Caracas: Comité de Obras Culturales-Comisión Nacional del Cuatricentenario, 1966); contiene todos los documentos sobre libros del archivo de Miranda y los catálogos de las subastas. Una excelente biografía es la de Karen Racine, *Francisco de Miranda: A Transatlantic Life in the Age of Revolution, 1750-1816* (Wilmington, DE: Scholarly Resources, 2002).

corresponda a un momento temprano de su vida y en absoluto agote sus lecturas, sí resulta indicativo de sus principales intereses intelectuales³⁹. No incorpora obras explícitamente de civilidad, pero recoge otras muchas que, de un modo u otro, se interrogan, en clave filosófica o de ficción, sobre las pautas de conducta civil y las reglas de las relaciones humanas: las obras de Shaftesbury en edición francesa, *The Spectator* de Joseph Addison y Richard Steele, libros de crítica de costumbres (*Los eruditos a la violeta*, de Cadalso), novelas filosóficas, morales y sentimentales de Mme de Graffigny (*Lettres d'une péruvienne*), Choderlos de Laclos (*Liaisons dangereuses*), Samuel Richardson (*Clarissa Harlowe* en la versión francesa del *abbé Prévost*); ensayos morales e historias civiles de los filósofos escoceses (*Essay on civil society* de Adam Ferguson, tanto en edición francesa como inglesa; *Discours politiques* de David Hume en edición francesa de 1774; *Système de la philosophie morale* y *Recherches sur l'origine des idées que nous avons de la beauté et de la vertu*, de Francis Hutcheson; *Recherches sur la nature et les causes de la richesse des nations* de Adam Smith, en edición francesa), textos pedagógicos (Locke, Vives), literatura de viajes (*Lettres turques* de Poullain de Saint-Foix...), obras morales de La Bruyère y La Rochefoucauld.

Conocemos en cierta medida las lecturas de Gaspar Melchor de Jovellanos (1747-1811), íntimo amigo de Meléndez y como él magistrado y literato, a partir de dos fuentes fundamentales. Por una parte, el inventario que se realizó en 1778 con motivo de su traslado a Madrid como alcalde de Casa y Corte da cuenta de la biblioteca de 887 títulos formada en su juventud en Sevilla, siendo alcalde del crimen en la Audiencia⁴⁰. Por otra parte, las menciones a adquisiciones librescas y notas de lectura incluidas en sus diarios y otros de sus escritos permiten apreciar los libros que reunió más avanzada su vida y —algo muy importante— los que sabemos que leyó y valoró. Entre sus posesiones y sus lecturas hay, lógicamente, gran número de obras jurídicas, así como también textos religiosos, acordes con su profesión de jurista y con su condición de hombre profundamente creyente. También destacan las obras pedagógicas europeas: las de Locke, Fénelon y Vives sobre la educación de las mujeres, las de Mme de Genlis, Mme Leprince de Beaumont (de la que poseía 11 volúmenes), Mme de Lambert (que leyó en francés pese a estar traducida) y diversas obras de Condorcet sobre instrucción pública⁴¹. Poseyó, leyó y apreció las obras de los filósofos escoceses, tanto en el campo de la filosofía moral (*System of Moral Philosophy* de Francis Hutcheson, en edición inglesa) como de la economía política (*The wealth of nations* de Adam

39. Georges Demerson, *Don Juan Meléndez Valdés y su tiempo (1754-1817)* (Madrid: Taurus, 1971) 1: 119-139.

40. Francisco Aguilar Piñal, *La biblioteca de Jovellanos (1778)* (Madrid: Instituto Miguel de Cervantes-CSIC, 1984).

41. Jean-Pierre Clément, *Las lecturas de Jovellanos (Ensayo de reconstitución de su biblioteca)* (Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos 1980): refs. 166, 548, 552, 550.

Smith, que leyó primero en traducción francesa y luego en el original inglés) y la historia (en su biblioteca sevillana se contaban la *History of England* de David Hume, además de sus discursos políticos y sus ensayos sobre la naturaleza del comercio, traducidos al francés)⁴²; le interesó en particular el ensayo de Hume *Of the Rise and Progress of the Arts and Sciences*, del que dejó unos apuntes de lectura.

Jovellanos apreció asimismo las novelas sentimentales al gusto europeo más reciente (las de Samuel Richardson o Ann Radcliffe, entre otras) y fue asiduo lector de relatos de viajes, especialmente contemporáneos (los de Cavanilles, Ponz, William Bowles, Swinburne, Townsend y Jardine por España; las exploraciones por territorios remotos y exóticos de Cook, La Condamine, Maupertuis o La Pérouse), pero también medievales (Mandeville, Benjamín de Tudela) y clásicos⁴³. En su biblioteca de Sevilla contaba con un ejemplar de las *Letters to his son* de Lord Chesterfield y del periódico *The Spectator*, que pudo leer directamente en inglés dado su dominio de ese idioma⁴⁴. Como hombre que cuidaba su salud y su aspecto físico, sus intereses se hicieron extensivos a los consejos médicos, género en el que contó en su biblioteca con varias obras del célebre galeno suizo Simon-André Tissot⁴⁵.

El comerciante Sebastián Martínez (1747-1800), que vivió e hizo fortuna en el dinámico y refinado entorno mercantil y cultural de la bahía de Cádiz, es conocido por sus amistades con ilustrados como el marqués de Ureña y Francisco de Goya. En el hermoso retrato que este último pintó de él en 1792, a los 45 años, el que era ya entonces un distinguido burgués mira al espectador, vestido a la última moda y en pose de estudiada y elegante negligencia. Se había instalado en Cádiz a los 14 años y prosperó en los negocios hasta convertirse en uno de los mercaderes más acaudalados de la ciudad. En su ascenso debió influir mucho su matrimonio en 1774 con María Felipa Errecarte, así como la herencia recibida de ésta a su temprana muerte en 1780, tras darle tres hijas. Entre los ricos burgueses implicados en el comercio americano y la administración, Martínez destacó no solo por su prosperidad e influencia (fue tesorero general del Consejo de Finanzas), sino por su gusto por la cultura. El inventario de bienes alzado a su muerte en 1800 refleja el confort y exquisitez de que gustó de rodearse en su vida cotidiana, a través del refinamiento de su vestuario personal y de la decoración y menaje de su hogar, amueblado para llevar una activa vida social.

42. Aguilar Piñal, *La biblioteca*, refs. 50, 52 y 172; Clément, *Las lecturas*, refs. 563, 1051-1053.

43 Clément, *Las lecturas*, refs. 180, 182-184, 1153-1203.

44. Aguilar Piñal, *La biblioteca*, refs. 588 y 583.

45. *Avis au peuple sur sa santé, Essais sur les maladies des gens du monde, De la santé des gens de lettres*, e incluso el más controvertido *De l'onanisme*. Aguilar Piñal, *La biblioteca*, refs. 608, 611, 612, 613.

Coleccionista de libros y de obras de arte y miembro de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, Martínez acumuló una muy notable biblioteca cuyo inventario rebasa los 1000 títulos (844 en su casa de Cádiz y 158 en la de Madrid). Destaca por lo actualizado de sus contenidos (más del 90% son ediciones del siglo XVIII), fundamentalmente laicos e indicativos del triple perfil de su propietario como coleccionista de arte y amante de las letras, hombre de negocios y alto funcionario de la administración, y persona preocupada por algunos de los temas de debate intelectual e ideológico más relevantes de su época. Para Antonio García-Baquero, que la estudió con detenimiento, se trata claramente de una biblioteca viva, de uso frecuente, y no de una colección de bibliófilo fascinado por las ediciones raras o las encuadernaciones lujosas⁴⁶. Compuesta en porcentajes muy similares por libros españoles (un 46'8%) y franceses (un 40'2%), junto a un buen fondo de clásicos grecolatinos, en ella figuran autores relevantes del humanismo italiano del siglo XVI, el clasicismo francés del XVII y el Barroco español, pero sobre todo obras contemporáneas en materias muy variadas, entre las que brillan la literatura y bellas artes, historia y geografía (con particular presencia de los libros de viajes: La Harpe, Cook, Jorge Juan, Ponz), moral y filosofía (sin exceptuar obras prohibidas como las de La Mettrie o Condillac), ciencias naturales, economía, política y comercio. En sus anaqueles, la única obra que puede considerarse propiamente un manual de cortesía es el *Arte de conocer a los hombres y máximas para la sociedad civil* de Morvan de Bellegarde⁴⁷. Pero también figuran entre sus libros otros que proporcionan indicaciones para la conducta en sociedad, como el célebre *Le parfait négociant* de Jacques de Savary, presente en muchas bibliotecas burguesas, que incluía, junto a consejos mercantiles, las pautas de civilidad que un comerciante debía desplegar para labrarse un capital simbólico de prestigio⁴⁸, o novelas sentimentales como *La filósofa por amor* de Gatry, *Tom Jones* y, sobre todo, *Clarissa Harlowe* de Samuel Richardson, que expresan el ideal de una urbanidad sensible, dictada por la empatía⁴⁹. En este sentido, Martínez parece compartir en sus gustos lectores (o, al menos, en los libros que atesoró) las pautas de distinción a través de las conductas y los sentimientos propios del siglo XVIII en los medios acomodados y refinados en los que se movió.

El jurista, también gaditano, Vicente Pulciani (1735-1799), procedente de una familia de militares, desarrolló una próspera carrera profesional que le llevó a ostentar cargos administrativos (fiscal de rentas generales, Real Aduana

46. Editó y estudió el inventario Antonio García Baquero, *Libro y cultura burguesa en Cádiz: las bibliotecas de Sebastián Martínez* (Cádiz: Fundación Municipal de Cultura, 1988): 37-51.

47. García Baquero, *Libro y cultura*, ref. 29.

48. García Baquero, *Libro y cultura*, ref. 689.

49. García Baquero, *Libro y cultura*, refs. 502, 518, 671.

y tabaco) y a realizar inversiones financieras e inmobiliarias. Para ella se benefició, como su paisano Sebastián Martínez, de su matrimonio en 1764 con María Eusebia Moreno y de la Corte, hija de una familia muy bien relacionada en el mundo de la judicatura; enviudaría en 1786, tras tener con su mujer (fallecida a los 39 años) nueve hijos e hijas. Pulciani participaba, al igual que Martínez, de las formas de la sociabilidad distinguida de su ciudad y el inventario de sus bienes muestra que cuidaba su apariencia personal y gustaba de vivir en un entorno refinado y confortable, como sugieren su rico y variado guardarropa, la decoración y mobiliario de su casa y los dos coches de caballos que usaba en sus actividades de trabajo y de ocio. A diferencia de aquél, no parece haber tenido interés por las artes, pero sí reunió una importante biblioteca de 900 volúmenes, en su mayoría (55%) en castellano y también en latín, francés, inglés e italiano. Los contenidos jurídicos, profesionales, no alcanzan un tercio del total (32%) y el resto muestra sus variados intereses en campos como la literatura, religión, ciencias y artes, educación y moral, historia, economía, hacienda y viajes, entre otros. Por lo que respecta a libros de civilidad, Pulciani tenía un tomo de las *Oeuvres diverses* del abate Morvan de Bellegarde, en pequeño formato (8º), así como la *Science des personnes de la cour* de Chevigny por triplicado (dos ediciones completas españolas en 6 volúmenes y el tomo 4º de una de las ediciones francesas)⁵⁰. También poseía un *Catón cristiano* y una *École du monde* publicada en Amsterdam en 1739, que el inventario atribuye a Étienne-Guillaume Lafosse, pero que debe ser una de las ediciones del célebre tratado de Eustache Le Noble, tal vez encuadrada junto con algunas de las obras sobre el arte de montar de Lafosse⁵¹. Tenía igualmente obras españolas y francesas de moral y crítica de costumbres (*Los eruditos a la violeta* de Cadalso, *L'École des moeurs* de J.B. Duchesne, abbé Blanchard), textos pedagógicos de Jeanne-Marie Leprince de Beaumont y novelas sentimentales (la *Clarissa Harlowe* de Richardson en versión francesa) y ediciones completas de dos de los más célebres periódicos de costumbres españoles de la época (*El Pensador* y *La Pensadora gaditana*)⁵². La presencia, por último, de obras de higiene y medicina preventiva destinadas a aconsejar en los estilos de vida más saludables (como *El Conservador de la salud* de Begue de Presle, en traducción de Félix Galisteo Xiorro) sugiere una preocupación, muy habitual en su tiempo, por el bienestar y la higiene, pero también por la autopresentación o el *self-fashioning* a través de la postura corporal y el movimiento⁵³.

50. Nélida García Fernández, *Burguesía y toga en el Cádiz del siglo XVIII: Vicente Pulciani y su biblioteca ilustrada* (Cádiz: Universidad de Cádiz, 1999): refs. 473, 344 a 346.

51. García Fernández, *Burguesía y toga*, refs. 339 y 564.

52. García Fernández, *Burguesía y toga*, refs. 562, 470 a 472.

53. García Fernández, *Burguesía y toga*, ref. 27. Véase Alan Withey, *Technology, Self-Fashioning and Politeness in Eighteenth-Century Britain. Refined Bodies* (Londres: Palgrave MacMillan, 2016).

BIBLIOTECAS NOBILIARIAS MASCULINAS

Pedro Caro y Sureda, III marqués de la Romana (1761-1811), militar de brillante carrera que viajó ampliamente por Europa (Francia, Italia, Flandes, Austria, Prusia, Dinamarca, Suecia, Gran Bretaña e incluso Rusia) y por América, fue un hombre culto y bibliófilo impenitente. Sus padres, el II marqués, Pedro Caro y Fontes, y la noble mallorquina Margarita Sureda y Togores, se habían tomado gran interés en la educación de sus hijos, tanto los varones —Pedro, José y Juan—, formados en el colegio de la Trinidad de Lyon, considerado uno de los mejores de Europa, como las mujeres: Pascuala (1768-1827), sometida a un examen público en Valencia en 1781 y más tarde monja escritora, y María (1764-1817), nombrada en 1779 directora honoraria de la Real Academia de Artes de San Carlos. El primogénito acumuló una rica biblioteca que llegó a alcanzar los 18.215 volúmenes y que en 1873 se incorporaría a la Biblioteca Nacional, tras ser catalogada en 1865⁵⁴. De esta excepcional colección se han estudiado sus fondos científicos, en especial matemáticos, pero no otros de sus variados contenidos en latín, castellano, francés e inglés, que demuestran los amplios intereses de su propietario en filosofía moderna (Descartes, Malebranche, Locke, Boyle, Condillac, Gassendi), economía política (Smith, fisiócratas, Necker, Galiani...), medicina (Boerhaave, Haller, Tissot, Ramazzini, Begue de Presle, Fourcroy, Piquer, Bonells), historia natural (Buffon, Ortega, Clavijo, Nolle), pensamiento ilustrado francés (Montesquieu, Rousseau, Helvétius, La Mettrie, Mably) y español (Feijoo, Mayans, Campomanes, Foronda, duque de Almodóvar...), política (Guevara, Manrique, Bossuet, Maquiavelo, Botero), artes mecánicas, caza, juegos, gramática y retórica, y muy especialmente historia, clásica y moderna (Flórez, Mayans, Mariana, Gibbon, Robertson)⁵⁵. Bien nutrida en filosofía moral (La Rochefoucauld, La Bruyère), incluida la filosofía del sentimiento británica (Hume, Adam Smith), la colección incluye, por lo que respecta a la literatura de civilidad, un ejemplar de una obra poco difundida en España aunque célebre en otros países, *De civilitate morum puerilium* de Erasmo (en edición latina de París, 1537, y pequeño formato), y otro de *Los cuatro libros del cortesano* de Castiglione, en traducción castellana de Juan Boscán (Barcelona, 1534)⁵⁶. También contiene dos ejemplares de *L'école du monde* de Le Noble, en

54. *Catálogo de la Biblioteca del Excmo. Sr. D. Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana, Capitán General del Ejército y General en jefe, que fue, de las tropas Españolas en Dinamarca el año de 1807. Trasladada a esta Corte desde Palma de Mallorca* (Madrid: imprenta a cargo de Francisco Roig, 1865).

55. Ernesto García Camarero, "La biblioteca matemática del marqués de La Romana", en *Estudios de Historia de las Técnicas, la Arqueología Industrial y las Ciencias* (Salamanca: Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León, 1998), 397-407.

56. *Catálogo*, 37 y 40. De Erasmo tenía también su *Novum Organum*, edición de Basilea, 1558.

francés (París, 1739, 4 vols.) y en castellano (*Escuela del mundo*, Madrid, 1745, 2 vols.) y obras de otros teóricos franceses de la *politesse*, como Morvan de Bellegarde, en edición española (*Arte de conocer a los hombres*-Madrid, 1787) y Antoine de Courtin, en una de las primeras francesas (*Nouveau traité de la civilité qui se pratique en France*-Pau, 1695)⁵⁷. Las publicaciones periódicas completas incluyen los más importantes periódicos españoles de costumbres: *El Pensador*; *La Pensadora gaditana*, *El Censor*, *El escritor sin título*, así como el que fue modelo de todos ellos, *The Spectator* (en edición de Londres de 1767 en 8 volúmenes)⁵⁸. Los fondos se completan con obras satíricas y críticas de costumbres, como *Los eruditos a la violeta* de Cadalso (en ediciones de Madrid, 1772 y Barcelona, 1782), y abundantes libros de viajes por los cinco continentes.

La biblioteca del VI conde de Fernán Núñez, Carlos Gutiérrez de los Ríos (1742-1795), heredada de sus ancestros y muy aumentada durante su titularidad de la casa, nos es conocida solo parcialmente⁵⁹. El índice que parece corresponder a los libros del palacio madrileño en 1778 (1053 obras en más de 2000 volúmenes) refleja un fragmento de lo que era una biblioteca de linaje⁶⁰. En cambio, el inventario en 1796 de parte de aquellos que el conde y su esposa, María Esclavitud Sarmiento (1760-1810), tuvieron entre 1787 y 1791 en París, donde Fernán Núñez fue embajador, muestra bibliotecas más personales, formadas tanto por los libros que llevaron consigo desde España como por los comprados durante su estancia (684 obras en 1672 volúmenes, entre las que aparecen separadas las de ambos cónyuges)⁶¹. En estas colecciones, fundamentalmente laicas y de temática muy diversa (de la política y el derecho al comercio y las ciencias), destacan los textos de educación, en español, francés y en ocasiones en inglés (Rosell, Rollin, Reyre, Fillassier, Rousseau, Condillac, Fénelon, Mme de Genlis, Locke). Entre la literatura de ficción, cabe reseñar obras sentimentales con intención moral: en la biblioteca de la condesa, las de Baculard d'Arnaud, las novelistas británicas Sophia Lee y Charlotte Smith en versiones francesas, y en la del conde, las de Pedro Montengón (*Eusebio*) y Lawrence Sterne. Por lo que respecta a la literatura de civilidad, la biblioteca del conde contiene un ejemplar de *L'homme de Cour*, adaptación libre de Gracián por Amelot de la Houssaye, otro de *La verdadera política de las personas de calidad*, en versión castellana de Francisco Schmidt, y una edición dlinesa en 4 volúmenes de las *Letters* de Lord Chesterfield, quizá la primera de 1774, fecha del fallecimiento de su autor y del viaje de Fernán Núñez a Inglaterra, donde pudo adquirirla. La

57. *Catálogo*, 38, 48 y 50.

58. *Catálogo*, 137 y 122.

59. Sobre ella preparo en colaboración un estudio más amplio.

60. *Índice General de los Libros de que se compone la Librería del Excmo. Sr. Conde de Fernán-Núñez distribuidos en las ocho clases siguientes*, BNE, Ms 23039.

61. AHN-SN, Fernán Núñez, C. 1355, D. 19-35.

biblioteca de la condesa incluye un *Art de Plaire*, posiblemente el mismo que en el inventario de 1778 se atribuye al abbé de Bellegarde⁶². Además, hay obras de medicina, como *Domestic medicine* del célebre William Buchan (en la biblioteca del conde) o *Conservación de la salud* (en la de la condesa). También ensayos sobre sociabilidad y costumbres: *Considérations sur l'esprit et les moeurs* de Pinot Duclos y *Sociabilité* del abate Pluquet, partituras de música y libros sobre *Amusemens de société*, útiles para las reuniones mundanas que formaban parte de la rutina de una pareja diplomática, además de prensa española y europea (*El Censor*, *El Corresponsal del Censor*, *El Apologista universal*, *Le spectateur anglais*, *Le spectateur français*...). A la espera de los trabajos en curso de Carolina Blutrach sobre el papel de las mujeres de la familia en la formación, gestión y transmisión de esa biblioteca de linaje y sobre los perfiles diferenciados de las librerías del conde y la condesa, este rápido repaso confirma el interés de ambos cónyuges por obras que encarnaban ideales de sociabilidad refinada, cuidado del cuerpo, urbanidad y distinción de las conductas y los sentimientos.

BIBLIOTECAS DE MUJERES

Sabemos que la posesión y el uso de los libros por parte de las mujeres suelen quedar infrarrepresentados en las fuentes en relación a los hombres de su mismo nivel social. Inventarios post-mortem y catálogos registran con mucha mayor frecuencia bibliotecas de varones: no solo (aunque también) por las diferencias educativas entre ambos sexos, sino porque los libros presentes en la casa eran por lo general inventariados como propiedad del cabeza de familia; no son tan habituales los registros de bibliotecas personales de mujeres, por lo común cuando éstas morían siendo viudas, o los de bibliotecas de linaje cuya titular era en un momento dado una mujer. Solo en ocasiones excepcionales, como sucedió con el conde y la condesa de Fernán Núñez, contamos con un inventario que distingue entre los libros de uno y otro cónyuge. Podemos imaginar que muchas veces, las mujeres de la casa harían uso, mayor o menor, de las bibliotecas familiares, habitualmente la de su padre o su marido, pero eso resulta imposible de probar en la inmensa mayoría de los casos⁶³. Con esas

62. Bellegarde, *Art de plaire dans la conversation*, 1 t. 12, Haye, 1743. BN Mss. 23039, f. 103 v. *Caracteres de La Bruyere*, 2 t, Amsterdam, 1759; 472. *Caracteres de Theofraste et de la Bruyere*, Avec des notes par Mr Coste, Paris, 1759.

63. Véase Inmaculada Arias de Saavedra Alías, "Lectura y bibliotecas de mujeres en la España del siglo XVIII. Una aproximación", *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 23 (2018): 57-82; una revisión más amplia que incluye también a las lectoras religiosas, en Ofelia Rey Castelao, "Lecturas y libros en clave de género: una perspectiva comparada sobre la segunda mitad del siglo XVIII", en *Comercio y cultura en la Edad Moderna: actas de la XIII reunión científica de la fundación de*

cautelos, en la muestra que sigue he reunido algunos indicios de la posesión de libros o su lectura por parte de un puñado de mujeres laicas y cultas que abarcan desde la gran nobleza al mundo de la burocracia y las profesiones: bibliotecas diversas (de linaje, personales o incluso ideales) y mujeres distintas entre sí en sus perfiles individuales y ambiciones e intelectuales.

El inventario post-mortem hecho en 1757 de la biblioteca de María Teresa de Silva Hurtado de Mendoza, duquesa de Arcos (viuda en segundas nupcias del VIII duque de Arcos e hija del X duque del Infantado) deja constancia de una pequeña colección de 55 títulos en 122 volúmenes que constituye una posesión privada más que familiar. Compuesta en su mayoría por libros de literatura (un 29%) o religiosos (24%), con importante presencia también de la Historia, la única obra de civilidad que figura en su inventario se titula *Scienza del mundo* y es muy posiblemente un ejemplar de la *Escuela, o ciencia del mundo para todos estados*, traducida en 1745 a partir del original francés de Eustache Le Noble⁶⁴.

Mucho más imponente es la biblioteca de linaje de la que fue titular la XII condesa-duquesa de Benavente y IX duquesa consorte de Osuna, María Josefa Pimentel Téllez Girón (1752-1834), que en el inventario realizado en 1823 se componía de 10.700 títulos tasados en 649.907 reales, cifra excepcional en su época incluso entre las grandes casas aristocráticas⁶⁵. Esta colección, en cuya gran ampliación y enriquecimiento en el siglo XVIII concurren los esfuerzos personales de la titular de la casa junto con los de su marido el IX duque de Osuna, Pedro de Alcántara Téllez-Girón (1755-1807), representa el legado recibido, pero también los intereses intelectuales de la ilustre pareja, que ejerció un amplio mecenazgo literario y artístico. Incluía una edición completa de la *Encyclopédie*, con un valor total de 15.000 reales, riquísimos fondos en los temas habituales de las bibliotecas nobiliarias (genealogías, nobiliarios, tratados de blasones, de arte militar), así como libros religiosos e históricos. Entre los de adquisición reciente, comprados en librerías españolas pero también a través de libreros franceses, ingleses e italianos, figuran numerosos relatos de viajes (Cook, Vivant Denon),

Historia Moderna, coords. Juan José Iglesias Rodríguez, Rafael M. Pérez García, Manuel Francisco Fernández Chaves (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015, I), 257-292.

64. Natalia González Heras, "La biblioteca de la Duquesa viuda de Arcos", en *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España moderna*, Coord. Gloria A. Franco Rubio (Madrid: Almudayna, 2012), 183-202; 199. Más improbable es que fuese un ejemplar de *De la science du monde* (1717) de François de Callières, que no se traduciría al castellano hasta 1778.

65. Ramón Sánchez González, "La condesa duquesa de Benavente: dama ilustrada amante de los libros", en *Comercio y cultura en la Edad Moderna. Comunicaciones de la XIII Reunión Científica de la FEHM*, Coords. Juan José Iglesias Rodríguez, Rafael M. Pérez García y Manuel F. Fernández Chaves (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015), 2483-2499. Sobre esta aristócrata, véanse Condesa de Yebes, *La condesa-duquesa de Benavente (1752-1834). Una vida en unas cartas* (Madrid: Espasa Calpe, 1955); Paloma Fernández Quintanilla, *La IX Duquesa de Osuna, una ilustrada en la Corte de Carlos III* (Madrid: Doce Calles, 2017).

una amplia colección de atlas, mapas y planos, periódicos y semanarios españoles y franceses, obras pedagógicas y partituras de música para su salón. Brillan por su ausencia, en cambio, manuales explícitamente consagrados a la urbanidad.

No conocemos el inventario de la biblioteca de la erudita ilustrada Josefa Amar (1740-1833), mujer perteneciente por nacimiento y matrimonio a una familia de la judicatura y las profesiones, recientemente ennoblecida, y que recibió una excepcional educación y alcanzó una proyección intelectual igualmente notoria, aunque efímera. Pero sí disponemos de las recomendaciones de lectura incluidas en su *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* (1790), en ocasiones acompañadas de comentarios o referencias sobre el lugar donde ella misma consultó algunas de esas obras. Ello nos permite suponer que, además de su biblioteca personal y la de su marido, tuvo acceso a la de su familia (su padre y su abuelo eran médicos al servicio de la Casa Real) y a otras institucionales como la Biblioteca Real y las del convento de San Ildefonso y la Sociedad Económica en Zaragoza, a la que perteneció desde 1782. La selección realizada por Josefa Amar equilibra autores españoles y foráneos, textos de los siglos XVI y XVII y otros de su propia época. Dado el carácter pedagógico de su obra, abundan las recomendaciones de libros educativos, especialmente —pero no solo— sobre formación de las mujeres (entre ellos los de Locke, Fénelon, Bandeira, Mme de Genlis, Mme d'Épinay y Mme Leprince de Beaumont), así como los consagrados a la “educación física” o el cuidado de la salud (desde Gallego de la Serna a Fourcroy, Begue de Presle...). En ciertos casos, anota su juicio sobre las obras, como las de Mme de Lambert, que leyó en francés⁶⁶. Amar, erudita y moralista, desprecia las lecturas de ficción (novelas y comedias) como superficiales y poco formativas, y aconseja en cambio los libros de geografía y viajes por su capacidad para informar acerca de las costumbres de los distintos países, proporcionando así conocimientos útiles tanto por su valor intelectual y moral como por su aplicación en las conversaciones que se suscitaban en contextos de sociabilidad⁶⁷. No compartieron el desdén de Josefa Amar por las novelas muchos lectores y lectoras, entre ellos la marquesa consorte de Astorga Concepción de Guzmán y de la Cerda (¿-1803), cuya pequeña biblioteca personal de 167 títulos y temática mayoritariamente religiosa comprende comedias y novelas de los siglos XVII y XVIII, incluyendo obras barrocas de Cervantes o *La Calprenède*, pero también algunas tan representativas del nuevo gusto sentimental como la *Pamela Andrews* de Richardson traducida por García Malo y *El Nuevo Robinson* adaptado por Iriarte del texto de Thomas Campe⁶⁸.

66. Josefa Amar, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, edición de M. Victoria López-Cordón (Madrid: Cátedra, 1994), 261.

67. Amar, *Discurso*, 182-183.

68. También se encuentran en su biblioteca periódicos contemporáneos: el *Correo de los Ciegos*, *Caxón de sastre*, *La Pensadora gaditana*. M^a Ángeles Ortega Agustín, “La lectura en el ámbito

Como Josefa Amar, también la marquesa de Ureña, María Dolores Josefa Tirry y Lacy (1748-1813), miembro de una familia culta de origen irlandés, dejó recomendaciones acerca de las lecturas apropiadas para las mujeres, en unas instrucciones manuscritas a sus hijas que redactó hacia 1783⁶⁹. Las lecturas que propone son en casi dos tercios religiosas pero incluyen también textos de geografía, historia, algún rudimento de ciencias, filosofía y teología, así como tratados pedagógicos, novelas formativas (el *Telémaco* de Fénelon, *Le comte de Valmont ou les égarements de la raison* —1775— de Philippe-Louis Gérard) y obras de Louis-Antoine Caraccioli (no identificadas con mayor precisión) que aúnan la moral y los modales⁷⁰. Aunque una vez más los manuales de urbanidad propiamente dichos están ausentes de esa biblioteca ideal que la marquesa de Ureña diseña para sus hijas, en ella se perfila una voluntad de conjugar la piedad con el cultivo de la sensibilidad y el saber estar que corresponden a mujeres llamadas a hacer vida social y a distinguirse por su refinamiento.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El análisis de estas bibliotecas confirma que la literatura de civilidad tuvo una presencia recurrente y extendida entre los libros poseídos —y eventualmente leídos— por mujeres y hombres que, en un sentido muy amplio, podemos considerar ilustrados. Resulta interesante constatar que se trata de una presencia diversa en lo que concierne a las fechas de edición de los textos, a sus lenguas (originales castellanos, traducciones, pero también obras en francés, italiano o inglés) y a las tradiciones intelectuales que representan. Algunas bibliotecas, las más nutridas, conservan manuales emblemáticos del siglo XVI, como *Il cortegiano* de Castiglione, texto fundacional del modelo cortesano que tuvo un gran impacto e imitaciones en la Europa del Renacimiento, y que encontramos en

doméstico: placer personal y afición cotidiana. La biblioteca femenina de la Marquesa de Astorga”, en *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España moderna*, Coord. Gloria A. Franco Rubio (Madrid: Almudayna, 2012), 203-228. Sobre la primera novela que utilizó en España el sistema de suscripción, véase M^a Jesús García Garrosa, “Los suscriptores de *La Casandra* (1792). Una aproximación al público lector de novelas en la España de finales del siglo XVIII”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 46, no. 2 (2016): 219-238.

69. Las reproduce María Pemán (ed.), *El viaje europeo del marqués de Ureña (1787-1788)* (Cádiz: Unicaja, 1992), 597-598, y las he estudiado algo más ampliamente en Mónica Bolufer, “Textos escurridizos. A propósito de la escritura personal femenina en la época moderna”, en *Mirando desde el puente. Estudios en homenaje al profesor James S. Amelang*, Eds. Fernando Andrés, Mauro Hernández y Saúl Martínez (Madrid: UAM Ediciones, 2019), 29-39.

70. Del prolífico marqués de Caraccioli (1719-1803) tradujo Nifo varias obras, entre ellas *El goce o la posesión de sí mismo*, *El verdadero mentor o la educación de la nobleza*, *Última despedida de la mariscalca a sus hijos*.

ediciones italianas en las bibliotecas de Sarmiento y Felipe Castro y traducido por Juan Boscán en las de Miranda y el marqués de la Romana. Solo en una ocasión he podido comprobar la presencia, en cambio, del *De civilitate morum puerilium* de Erasmo, matriz de la pedagogía humanista, lo cual resulta lógico al tratarse de una obra mucho menos difundida en la Península Ibérica que en otros territorios europeos y que nunca se tradujo al castellano. Figuran asimismo en varias de estas bibliotecas textos de la tradición cortesana francesa del siglo XVII, como la versión, adaptada al entorno áulico, de *El discreto* de Gracián con el título de *L'homme de Cour* (que tuvieron Sarmiento y Fernán Núñez), *L'honnête homme ou l'art de plaire à la Cour* (1630) de Nicolas Faret (que poseía Feijoo en versión italiana) o la *Science des personnes de Cour, d'épée et de robe* (1707) de Chevigny (poseída por Sarmiento en francés, aunque llegó a traducirse al castellano).

No obstante, parecen gozar de mayor aceptación otras obras francesas gestadas en el entorno de los salones parisinos de los siglos XVII y XVIII, que transmitían un modelo de civilidad más amable y cómplice que el de la rígida etiqueta cortesana, como las de Bellegarde (presentes en las bibliotecas de Sarmiento, Feijoo, el marqués de la Romana, los condes de Fernán Núñez, Pulciani, Martínez) y la marquesa de Lambert (en las de José de Gálvez, Jovellanos y Josefa Amar). Igualmente, las máximas de La Rochefoucauld y La Bruyère, que manifestaban la inclinación mundana a la observación de caracteres, emergen en bibliotecas particularmente refinadas y ricas como las de Fernán Núñez, el marqués de la Romana, Heredia, Azara, Miranda y Meléndez.

Como era de esperar, la presencia de ediciones de los siglos XVII y XVII es mayor en las bibliotecas más antiguas. Sin embargo, el hecho de que algunas figuren también en colecciones formadas más avanzado el siglo no debe interpretarse como un mero arcaísmo, sino en muchos casos como una actualización y reinterpretación de modelos morales y civiles, como los de la civilidad humanista o la *honnêteté* mundana, que cobraron un nuevo sentido en el contexto intelectual, cultural y social del siglo XVIII. Fue entonces cuando se tradujeron —o más bien se adaptaron— al castellano muchas obras francesas del siglo anterior, pero también cuando los ilustrados se esforzaron por recuperar (necesariamente revisándola) la herencia del humanismo, como muestra la versión ampliada y modificada por León de Arroyal de los *Disticha Catonis* de Erasmo (obra ausente, sin embargo, de estas bibliotecas, quizá por lo tardío de su publicación en 1797). Cabe pensar, pues, que quienes poseyeron obras del propio Erasmo, de Castiglione o de Guazzo quizá pudieron ver en ellas, además de ejemplares valiosos en lo material y modelos de escritura literaria, ideales y estilos de vida que seguían interpelándoles.

En las bibliotecas del último tercio del siglo XVIII aparecen también obras representativas de la *politeness* británica de la era hannoveriana, de fuerte contenido moral, tanto las del conde de Shaftesbury (traducido al francés en

las bibliotecas de Heredia y de Meléndez Valdés) como, muy especialmente, el periódico que mejor supo divulgarlas, *The Spectator* de Joseph Addison y Richard Steel (en las de Jorge Juan, Meléndez Valdés, Azara y, en versión francesa, en la de Fernán Núñez). A contracorriente de esta tendencia moralista, gozaron de cierta acepción las *Letters* de Lord Chesterfield, aristocráticas, cortesanas y un tanto libertinas (presentes en inglés en las bibliotecas de Jovellanos y Fernán Núñez; se adaptarían al castellano, fuertemente abreviadas y modificadas, en 1797). La creciente anglofilia de las élites ilustradas españolas y europeas en las últimas décadas del siglo se manifiesta igualmente en la presencia en ciertas bibliotecas, en especial de hombres de letras (las de Meléndez Valdés, Muñoz, Jovellanos, Saavedra, Miranda o Fernán Núñez), de la filosofía moral, la historia y la economía política de la escuela escocesa, a través de las obras de Adam Ferguson, Francis Hutcheson, John Millar, David Hume y Adam Smith, que teorizaron sobre el refinamiento de las costumbres como logro y peligro de la civilización.

Si rebasando el ámbito estricto de los manuales de urbanidad nos fijamos en géneros distintos que, más ampliamente, construyeron pautas de conducta “civilizada”, hay otras presencias recurrentes en las bibliotecas, como la literatura pedagógica, tan apreciada en la época, en las que la formación *civil* en pautas de sociabilidad ocupaba un lugar destacado, junto a la instrucción moral y eventualmente intelectual (no solo en la educación de los varones, sino también, aunque de forma más limitada y específica, en la de las mujeres)⁷¹. También estuvo ampliamente extendida la novelística sentimental y formativa, cuyos autores (Fielding, Richardson) y autoras (Françoise de Graffigny, Ann Radcliffe, Sophie Lee, Charlotte Smith) encarnaban en sus personajes modelos de sensibilidad y contención, y que se hace espacio en la mayoría de las bibliotecas ilustradas inventariadas a partir de las dos últimas décadas del siglo, tanto masculinas —de nobles, funcionarios, comerciantes— como femeninas —pese a la desconfianza de los moralistas y los consejos adversos de Josefa Amar⁷². La literatura de costumbres, en sus distintas modalidades satíricas o moralizantes, incluyendo la prensa periódica española y europea (*El Pensador*, *La Pensadora gaditana*, *El*

71. Además de las obras citadas, que están presentes en las bibliotecas escogidas, se publicaron muchas otras, con frecuencia traducidas, como la *Escuela de señoritas o Cartas de una madre cristiana a su hija*, en versión de Manuel Palacio y Viana (1784), el *Retrato del hombre de honor* del abate Gossault, traducido por Vicente Martínez (1791) o *El hombre honrado*, del abate Maydiou, en traducción de Pedro Antonio Martínez de la Serna (1792).

72. Roger Chartier, “Revolución de la novela y revolución de la lectura”, en *Entre poder y placer: cultura escrita y literatura en la Edad Moderna* (Madrid: Cátedra, 2000), 179-198; Robert Darnton, “Los lectores le responden a Rousseau: la creación de una sensibilidad romántica”, en *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa* (México: Fondo de Cultura Económica, 1987), 216-254.

Censor, The Spectator, Le spectateur français...), criticó la cortesía superficial y la sociabilidad frenética del siglo y se esforzó por proponer reglas de comportamiento que conciliasen la vida mundana con un empeño de regulación personal. Una preocupación igualmente compartida por la literatura médica de divulgación, que alcanzó un gran auge y que encontramos en numerosas bibliotecas (obras de Begue de Presle, Tissot, Bonells o Buchan figuran entre los libros de Pulciani, Amar, Jovellanos y Fernán Núñez). Por último, a través de los relatos de viajes presentes en la mayor parte de las bibliotecas y especialmente abundantes en algunas de ellas (como las de Jovellanos, Muñoz, Fernán Núñez, Olavide, Heredia, Pulciani, Martínez, Miranda), lectores y lectoras pudieron familiarizarse con la diversidad de las costumbres —incluidas las pautas de civilidad— en toda la extensión del mundo, vistas por ojos europeos.

Aunque a efectos de sistematización he presentado los contenidos de las bibliotecas ordenadas según el sexo y la condición social de sus propietarios, cabe destacar que estas obras que pueden englobarse dentro de la literatura de civilidad o conectarse de algún modo con ella aparecen de forma bastante transversal, en particular en las décadas finales de la centuria. Y es que contemplarse, ser vistos y actuar como sujetos civilizados, contenidos y corteses formó parte de las necesidades cotidianas, los requerimientos sociales y las autoexigencias de hombres y mujeres de condiciones sociales distintas: nobles de ambos sexos, burgueses, funcionarios, comerciantes, hombres y mujeres de letras, eclesiásticos.

Si afinamos más para distinguir entre libros de civilidad concebidos originalmente con intenciones y destinatarios distintos, la naturaleza y distribución de las obras no se ajusta a la lógica propia de una historia social clásica, sino más bien parece responder a razones circunstanciales, culturales o preferencias individuales. Sorprende un tanto, en este sentido, que los manuales de urbanidad que contienen detalladas instrucciones para todas las circunstancias del trato social no aparezcan con tanta frecuencia como su amplio éxito de público (acreditado a veces por varias ediciones) haría suponer. De entrada, resulta lógico presuponer que ese tipo de libros hallarían sus lectoras y lectores, más que entre los acomodados y cultos propietarios de grandes bibliotecas, entre personas de condición social media e incluso modesta, y en efecto, conocemos algunos casos de pequeños hidalgos y familias artesanas que los poseyeron, atesoraron y transmitieron durante generaciones. Sin embargo, se encuentran igualmente obras de ese estilo, concebidas como manuales para el ascenso social más que como espejos de cortesía aristocrática, en bibliotecas de nobles y grandes burgueses, como la *École du monde* de Le Noble (en castellano en la biblioteca de la duquesa de Arcos y en francés en las del marqués de la Romana y Pulciani o la *Urbanidad y cortesía universal* de Antoine Courtin (en francés en la del marqués de la Romana y en dos versiones en la de Pulciani). Ello sugiere una difusión muy transversal de esa literatura, y quizá distintos

usos y formas de lectura de la misma en función de las diversas necesidades y aspiraciones sociales.

En cualquier caso, si resulta tan interesante constatar el interés que lectores y lectoras en el siglo XVIII tuvieron por cuestiones de cortesía y costumbres es porque la civilidad constituía una noción reguladora intensamente incorporada en los ideales de vida. Un principio normativo que pudo apelar a las inquietudes y las identificaciones de personas de condición social diversa y de ambos sexos, en la medida en que contenía profundas resonancias morales y políticas. Resulta revelador que al catalogar su propia biblioteca entre 1740 y 1760, Sarmiento incluyera las obras que hoy llamaríamos de cortesía en la categoría de “Política, Económica y Comercio”. No es una diferencia banal de etiquetas, sino que indica la amplia distancia entre nuestra concepción actual de lo que significa la civilidad y la de nuestros antepasados. Encuadrar así los textos de urbanidad remite a la convicción, propia de la época moderna, de que las reglas de conducta individual guardaban una profunda relación con aquellas que regulaban el orden colectivo, tal como lo expresa la ambivalencia del propio término “política”, que a lo largo de toda la época moderna —todavía en el siglo XVIII— significó tanto cortesía como gestión de la cosa pública. Y es que para Sarmiento, como para muchos de sus contemporáneos, esos libros no ofrecían meras instrucciones para la sociabilidad distinguida, sino modelos de regulación personal de los que dependía, a su vez, el gobierno de la casa (en la tradición aristotélica de la *oeconomica*) y el de la república.

Un siglo más tarde, cuando se catalogó en 1865 para su venta la biblioteca del III marqués de la Romana, Pedro Caro y Sureda, fallecido en 1811, las obras de civilidad se englobaron unas en la categoría de “filosofía moral”, otras en la de “política” y una última bajo la rúbrica de “economía política”, ciencia que se había establecido como tal en el siglo XVIII y con cuyos contenidos poco encajaba. Ello revela hasta qué puntos cómo textos que correspondían a categorías culturales anteriores no se avenían con las etiquetas temáticas y disciplinares forjadas ya avanzado el XIX. Para un individuo decimonónico, “urbanidad”, “cortesía” y “civilidad” evocaban cosas muy distintas de las que habían significado para sus antecesores: enseñanzas relacionadas con la regulación formal de la etiqueta o con la educación de la juventud. Habían dejado, en buena medida, de representar saberes, conductas y actitudes con un fondo filosófico y moral, vinculado a la noción de gobierno de las pasiones. Con ello, había perdido el sentido profundamente “político” —en el más amplio sentido de la palabra— que articuló el pensamiento sobre la civilidad en los siglos XVI al XVIII y que, como hemos pedido apreciar, seguía vigente aún en las bibliotecas ilustradas.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Piñal, Francisco. *La biblioteca de Jovellanos (1778)*. Madrid: Instituto Miguel de Cervantes-CSIC, 1984.
- Amar, Josefa. *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, edición de M. Victoria López-Cordón. Madrid: Cátedra, 1994.
- Arias de Saavedra, Inmaculada. “Libros, lectores y bibliotecas privadas en la España del siglo XVIII”, *Chronica Nova* 35 (2009): 15-61.
- “Libros y autores británicos en las bibliotecas privadas españolas del siglo XVIII”. En *El dominio de la realidad y la crisis del discurso: el nacimiento de la conciencia europea*, coordinado por Concepción Camarero Bullón y Juan Carlos Gómez Alonso, 321-365. Madrid: Polifemo, 2017.
- “Lectura y bibliotecas de mujeres en la España del siglo XVIII. Una aproximación”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 23 (2018): 57-82.
- Bas Martín, Nicolás. “A.J. Cavanilles en París (1777-1789): un embajador cultural en la Europa del siglo XVIII”, *Cuadernos de Geografía* 62 (1997): 223-244.
- “Una aproximación a la biblioteca del ilustrado valenciano Juan Bautista Muñoz (1745-1799)”, *Saitabi* 48 (1998): 113-147.
- y María Luz López Terrada, “Una aproximación a la biblioteca del botánico Antonio José Cavanilles (1745-1804)”, en *Antonio José Cavanilles (1745-1804). Segundo centenario de la muerte de un gran botánico*, 201-285. Valencia: Real Sociedad Económica de Amigos del País, 2004.
- Bédat, Claude. “La bibliothèque du sculpteur Felipe de Castro”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 5 (1969): 363-410.
- Bolufer, Mónica. *Arte y artificio de la vida en común. Los modelos de comportamiento y sus tensiones en el Siglo de las Luces*. Madrid: Marcial Pons, 2018.
- “Textos escurridizos. A propósito de la escritura personal femenina en la época moderna”, en *Mirando desde el puente. Estudios en homenaje al profesor James S. Amelang*, editado por Fernando Andrés, Mauro Hernández y Saúl Martínez, 29-39. Madrid: UAM Ediciones, 2019.
- Burke, Peter. *Los avatares de “El Cortesano”. Lecturas e interpretaciones de uno de los libros más influyentes del Renacimiento*. Barcelona: Gedisa, 1998.
- Clément, Jean-Paul. *Las lecturas de Jovellanos (Ensayo de reconstitución de su biblioteca)*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1980.
- Chartier, Roger. “Los manuales de civilidad. Distinción y divulgación: la civilidad y sus libros”, en *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, 246-283. Madrid: Alianza, 1993.
- “Revolución de la novela y revolución de la lectura”, en *Entre poder y placer: cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, 179-198. Madrid: Cátedra, 2000.
- Darnton, Robert. “Los lectores le responden a Rousseau: la creación de una sensibilidad romántica”, en *La gran matanza de gatos y otros episodios*

- de la historia de la cultura francesa*, 216-254. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Défourneaux, Marcelin. *Pablo de Olavide ou l'Afrancesado (1725-1803)*. Paris: Presses Universitaires de France, 1959.
- Demerson, Georges. *Don Juan Meléndez Valdés y su tiempo (1754-1817)* (Madrid: Taurus, 1971)
- Die Maculet, Rosario y Armando Alberola, *La herencia de Jorge Juan: muerte, disputas sucesorias y legado intelectual*. Sant Vicent del Raspeig: la Universidad de Alicante, 2002.
- Esteban Ochoa de Eribe, Javier, *Discursos civilizadores. Escritores, lectores y lecturas de textos en euskera (c. 1767-c.1833)*. Madrid: Sílex, 2018.
- Feijoo, Benito Jerónimo. *Teatro crítico universal de errores communes*. Madrid: Pedro Marín, 1778.
- Fernández Quintanilla, Paloma. *La IX Duquesa de Osuna, una ilustrada en la Corte de Carlos III*. Madrid: Doce Calles, 2017.
- García Baquero, Antonio. *Libro y cultura burguesa en Cádiz: las bibliotecas de Sebastián Martínez*. Cádiz: Fundación Municipal de Cultura, 1988.
- García Camarero, Ernesto. “La biblioteca matemática del marqués de La Romana”, en *Estudios de Historia de las Técnicas, la Arqueología Industrial y las Ciencias*, 397-407. Salamanca: Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León, 1998.
- García Fernández, Nélica. *Burguesía y toga en el Cádiz del siglo XVIII: Vicente Pulciani y su biblioteca ilustrada*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1999.
- García Garrosa, M^a Jesús. “Los suscriptores de *La Casandra* (1792). Una aproximación al público lector de novelas en la España de finales del siglo XVIII”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 46, no. 2 (2016): 219-238.
- González Heras, Natalia. “La biblioteca de la Duquesa viuda de Arcos”, en *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España moderna*, coordinado por Gloria A. Franco Rubio, 183-202. Madrid: Almudayna, 2012.
- Gonzalo Sánchez-Molero, José Luis. “La situación actual y nuevas líneas de investigación sobre el libro y bibliotecas en la Edad Moderna”, en *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*, coordinado por Félix Labrador, 87-109. Madrid: Universidad Rey Juan Carlos-Ediciones Cinca, 2015.
- Hevia Ballina, Agustín. “Hacia una reconstrucción de la librería particular del P. Feijoo”, *Studium Ovetense* IV (1976): 138-186.
- López-Cordón, María Victoria. “De la cortesía a la civilidad: la enseñanza de la urbanidad en la España del siglo XVIII”, en *Historia y perspectivas de investigación. Estudios en homenaje del profesor Ángel Rodríguez Sánchez*, coordinado por Miguel M. Rodríguez Cancho, 359-364. Badajoz: Ed. Regional de Extremadura, 2002.

- “Educar y civilizar”, en *Educar las costumbres y los sentimientos: una mirada desde la Historia*, coordinado por Mónica Bolufer, Juan Gomis y Carolina Blutrach, 53-81. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2014.
- “Ser civil en el siglo XVIII: ¿práctica cotidiana o virtud política?”, *Vida cotidiana en la monarquía hispánica: tiempos y espacios*, coordinado por Inmaculada Arias de Saavedra y Miguel Luis López-Guadalupe, 15-38. Granada: Universidad de Granada, 2015.
- Molina Martínez, Miguel. “Ilustración y reforma. La biblioteca del intendente Francisco de Saavedra”, *Chronica Nova* 19 (1991): 271-289.
- Olaechea, Rafael. “Ignacio de Heredia y su biblioteca”, *Revista de historia moderna* 4 (1984): 211-291.
- Pemán, María. *El viaje europeo del marqués de Ureña (1787-1788)*. Cádiz: Unicaja, 1992.
- Racine, Karen. *Francisco de Miranda: A Transatlantic Life in the Age of Revolution, 1750-1816*. Wilmington, DE: Scholarly Resources, 2002.
- Rey Castelao, Ofelia. “La influencia inglesa en la España de fines del siglo XVIII a través de las bibliotecas”, en *El historiador y la sociedad. Homenaje al Profesor José M. Mínguez*, coordinado por Pablo de la Cruz Díaz, Fernando Luis Corral e Iñaki Martín Viso, 205-219. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2013.
- “Lecturas y libros en clave de género: una perspectiva comparada sobre la segunda mitad del siglo XVIII”. En *Comercio y cultura en la Edad Moderna: actas de la XIII reunión científica de la fundación de Historia Moderna*. Coordinado por Juan José Iglesias Rodríguez, Rafael M. Pérez García, Manuel Francisco Fernández Chaves, 1:257-292. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015.
- Sánchez Espinosa, Gabriel. *La biblioteca de José Nicolás de Azara*. Madrid: Biblioteca Nacional-Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1997.
- Sánchez González, Ramón. “La condesa duquesa de Benavente: dama ilustrada amante de los libros”, en *Comercio y cultura en la Edad Moderna. Comunicaciones de la XIII Reunión Científica de la FEHM*, coordinado por Juan José Iglesias Rodríguez, Rafael M. Pérez García y Manuel F. Fernández Chaves, 2483-2499. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015.
- Solano, Francisco. *La biblioteca privada de José de Gálvez, Ministro de Indias*. Madrid: Instituto Fernández de Oviedo-CSIC, 1981.
- Soler, Emilio. *Viajes de Jorge Juan y Santacilia. Ciencia y política en la España del siglo XVIII*. Barcelona: Ediciones B.S.A., 2002.
- Starobinski, Jean. *Remedio en el mal: crítica y legitimación del artificio en la era de las luces*. Madrid: A. Machado, 2000.
- Stiffoni, Giovanni. “La biblioteca de Fray Martín Sarmiento. Apuntes para la historia de la penetración de las nuevas ideas en la España de Feijoo”, en

- Homenaje al profesor Carriazo*, 3:463-489. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1973.
- Uslar Pietri, Arturo. *Los libros de Miranda*. Caracas: Comité de Obras Culturales-Comisión Nacional del Cuatricentenario, 1966.
- Withey, Alan. *Technology, Self-Fashioning and Politeness in Eighteenth-Century Britain. Refined Bodies*. Londres: Palgrave MacMillan, 2016).
- Yebes, Condesa de. *La condesa-duquesa de Benavente (1752-1834). Una vida en unas cartas*. Madrid: Espasa Calpe, 1955.